

DESTINO

Serie coleccionable:
CATALUÑA EN LA
EPOCA FRANQUISTA

Barcelona, del 18 al 24 de noviembre de 1976

Número 2.042

50 pesetas

***Habla Juan
D. Linde**
***Quieren llevarse
la Bolsa**

**DESPUES
DE LA HUELGA
GENERAL**

**COMO HARAN
VOTAR «SI»**



Guinea Ecuatorial

Un drama de nuestro tiempo

La reconsideración de la actitud española frente a Guinea Ecuatorial, que hasta ahora había colaborado al sostén de un régimen inhumano, puede resultar favorable para este país.



El presidente Macías, uno de los protagonistas de la actual situación guineana.

Donato Ndong Bidyogo

Antes de empezar, queremos expresar desde aquí nuestra congratulación a las autoridades españolas por haber reconsiderado su postura sobre nuestro país, Guinea Ecuatorial. Veníamos sosteniendo desde hacía tiempo la conveniencia de restablecer la libertad informativa sobre el tema, pues consideramos, por una parte, que el hecho de reconocer los errores cometidos es un acto de humildad que predispone a un diálogo franco, y, por otra, que los españoles —y la opinión pública mundial, que en este caso sólo dispone de las fuentes españolas— deben conocer todo aquello que está ocurriendo en las antiguas «provincias ecuatoriales». La divulgación de determinados hechos, estamos seguros, puede contribuir a que sus responsables comprendan las consecuencias de sus decisiones y, quién sabe, quizá se eviten ligerezas en el futuro.

Evidentemente, la cuestión principal, el lograr esos modos de convivencia, sigue estando en las manos del pueblo guineano. Y no existe por nuestra parte ninguna intención de sobrevalorar la influencia que puedan tener otros factores externos. Pero lo que es incuestionable es que el largo lustro de desinformación ha propiciado la radicalización del presidente Macías, quien ha podido actuar así con una total y absoluta impunidad. Colateralmente, la actitud que hasta ahora venían adoptando los sucesivos gobiernos españoles ha perjudicado a los movimientos que hubieran podido servir de contrapeso en la política del

presidente guineano. Desde esta óptica, la anterior política española ha servido para sostener a un régimen que, en el mejor de los casos, sólo podemos calificar de inhumano.

Guerra de intereses

Guinea Ecuatorial es un pequeño país de apenas 29.000 kilómetros cuadrados, cuya parte insular domina el centro del golfo de Guinea. Esta situación geográfica, en estos tiempos dominados por la estrategia y la geopolítica de las grandes potencias de todos los signos, es privilegiada, y es obvio que en la zona se está librando una ardua batalla por atraerse a los líderes lugareños. Conviene retener este dato, ya que no sólo explica algunas de las paradojas que se están dando en nuestro país —donde han convivido, durante años, rusos, chinos y cubanos—, sino que es importante para comprender por qué Macías sigue en el poder. Por otra parte, nuestro país es potencialmente rico. Aparte del petróleo —existe una gran bolsa que se extiende por todo el golfo, entre Biafra, en Nigeria, y Port Gentil, en Gabón—, parece ser que prospecciones geológicas han determinado la existencia de algunos minerales de los más preciosos para la industria moderna. La agricultura tiene grandes posibilidades en un país de vegetación selvática. Ya la potencia colonizadora produjo a la Hacienda española, de 1955 a 1961, unos dos mil millones de pesetas. Las cifras correspondientes a la madera, al café o al cacao son difíciles de determinar, aunque alguna fuente las sitúa en más de 3.600 millones de pesetas anuales. Es necesario advertir que todo lo que se relacionaba con Guinea estaba centralizado en la Dirección General de Plazas y Provincias Africanas, que dependía de la Subsecretaría de la Presidencia, cuyo título, hasta su promoción a la Presidencia del Gobierno, fue siempre el asesinado almirante Carrero. Los principales productos guinea-

nos estaban encuadrados en el Sindicato de la Madera, en el Comité Sindical del Cacao y en otros organismos similares. Es sintomático que la sede actual de la Embajada de Guinea Ecuatorial en Madrid sea la antigua sede del Comité Sindical del Cacao.

El Banco monopolista era el Exterior de España, y, al parecer, en los últimos tiempos del régimen autónomo hubo una sorda guerra de intereses, pues el Banco Central intentó disputar el monopolio a su colega. El Exterior hacía las veces de Banco de Emisión, pues controlaba el Comercio exterior e interior.

Manipulación del Gobierno español

A nadie puede extrañar, pues, que tanto el vicepresidente Carrero como su ministro de Asuntos Exteriores, Castiella (en el grupo hay que incluir a los señores Fraga, entonces titular de Información y Turismo, y Solís, a la sazón secretario general del Movimiento y delegado nacional de Sindicatos), intentaran cuanto es políticamente posible para asegurar un Gobierno afín en el territorio. Su candidato era Bonifacio Ondó Edú, colocado en 1964 en la presidencia del Consejo de Gobierno Autónomo y líder de MUNGE (Movimiento de Unión Nacional de Guinea Ecuatorial). Dicho partido había sido fundado en 1962 bajo la directa inspiración ideológica de Madrid, con el encargo de apoyar la autonomía, concebida como «mal menor» y máxima concesión a los nacionalistas guineanos. Pero el régimen de autonomía no pudo sostenerse debido a la presión popular. El pueblo estaba adscrito en su mayoría a los grupos independentistas: IPGE (Idea Popular en GE) y MONALIGE (Movimiento de Liberación de GE), este último dirigido desde el exilio por uno de los luchadores de la primera hora, Atanasio Ndonga

Miyone. Con nuestra actual perspectiva histórica, está fuera de toda duda que el MUNGE, entroncado con el Movimiento Nacional y mantenido y manejado desde Secretaría General y Presidencia del Gobierno, fue creado y financiado para perpetuar en Guinea el dominio de la oligarquía colonialista española. Pero durante la conferencia constitucional, celebrada en Madrid en 1967-68, surgieron ciertas dificultades: Ndongo Miyone, que representaba a la oposición histórica al colonialismo español, por razones tácticas, se alineó junto a Ondó Edú, conviniendo ambos en reconocer como legítima la Constitución que saliera de Madrid. Esta actitud es, sin embargo, explicable: según la ley de Bases del Régimen Autónomo, el mandato del Consejo de Gobierno y de la Asamblea debía expirar precisamente en el verano de 1968. La no aprobación del texto constitucional elaborado en Madrid implicaba la aceptación del «status» autónomo (renuncia de la independencia), por lo que se prolongaría automáticamente, por otros cuatro años, la situación colonial. Pero no lo entendió así Francisco Macías Nguema, vicepresidente del Consejo de Gobierno, hombre oportunista y ambicioso, que sólo cuatro años antes, con ocasión de los «XXV Años de Paz» del Régimen del general Franco, había expresado al «Caudillo» el deseo del pueblo guineano de permanecer siempre bajo el amparo de nuestra generosa y amada madre patria española. Hoy, en su biografía oficial, Macías ha olvidado su pasado colaboracionista.

Parece ser que fue fichado por un grupo religioso-financiero español, antagónico al Movimiento, que controlaba el entonces influyente diario «Madrid». Estos inspiradores de Macías sabían perfectamente que la Constitución elaborada en Madrid iba a ser aprobada por el pueblo guineano, pues era la única forma de acceder a la independencia. Sabían también que la propia Constitución, aunque manipulada, poco concreta e imperfecta, tenía mecanismos para su reforma. Pero le dictaron a su pupilo la conveniencia de oponerse a su aprobación, a fin de crearle una nueva imagen: la del progresista opositor al neocolonialismo, enemigo del imperialismo y líder popular. Parece ser que el encargado de pulir a Macías fue el abogado madrileño Antonio García-Trevijano. Con esta nueva imagen, y en contra de lo dispuesto en los acuerdos de Madrid, Macías se presentó candidato a la Presidencia, enfrentado al líder de su partido, Atanasio Ndongo Miyone, y a su protector político, Bonifacio Ondó Edú.

Apoyo popular a Macías

De esta manera, Macías —que caprichosamente había cambiado su apellido, Mesié— asumió la presidencia de nuestro país el 12 de octubre de

1968, fiesta de la Raza y de la Hispanidad. A partir de ese mismo día, el colonialismo más tradicional empezó a preparar el golpe de Estado. Siguiendo la táctica que después hemos visto aplicada en Chile y Portugal —la desestabilización económica—, compañías españolas de alguna manera vinculadas a altos cargos de la Administración —Alada, Fortuny, Alena y otras—, que durante más de treinta años habían ejercido un monopolio en sus respectivas competencias —energía, transportes marítimos y madera— «repatriaron» los capitales depositados en las distintas sucursales del Banco Exterior de España. El nuevo Estado se encontró, de la noche a la mañana, sin un céntimo con que pagar a sus funcionarios o remozar una vivienda oficial. El Gobierno esperó inútilmente la llegada de los créditos acordados en la última fase de la Conferencia Constitucional.

Durante todos estos acontecimientos, y sobre todo durante la crisis que siguió, el pueblo apoyó a Macías. Salvando las excepciones de siempre, la clase profesional, los numerosos estudiantes, los jóvenes y el hombre de la calle estaban con el presidente, pues las maniobras no dejaban lugar a dudas y la provocación era evidente. Incomprendiblemente, el ex presidente Ondó Edú se había refugiado en Camerún, donde le fue negado el asilo político. El embajador de España se comportaba, más que como representante diplomático ante un Gobierno extranjero, como gobernador general. Seguían en Guinea varios destacamentos de la Guardia Civil, a las órdenes no del presidente ni de las autoridades guineanas, sino del embajador de España. Por otra parte, el ministro de Asuntos Exteriores, Ndongo Miyone, pactaba, seguramente con el propio Macías, la forma del «golpe de Estado» que alejase a la Guardia Civil del país y le diese algo de autonomía. Es interesante subrayar que todo esto ocurría en los cuatro primeros meses de la independencia.

El «golpe de Estado» se llevó a cabo en la madrugada del 5 de marzo de 1969, pocas horas después de volver de Madrid el ministro Ndongo. Una serie de casualidades, unidas al apoyo popular que pronto recibió Macías, hicieron fracasar el complot, en el que quedó malherido Atanasio Ndongo Miyone, que moriría días después de gangrena. Una serie de circunstancias parecen demostrar la falsedad del «golpe», del que, a causa de su buena fe, fue víctima Atanasio Ndongo. En el curso de los debates que tuvieron lugar en el Consejo de Seguridad de la ONU, el enviado de Macías acusó formalmente a España de instigar el intento de derrocamiento, y la Secretaría General de la OUA investigó las circunstancias del golpe y puso a disposición del Gobierno guineano a su secretario general adjunto, el argelino Mohamed Sanhoum, quien inició una mediación entre Madrid y Santa Isabel. A través de algunas declara-

ciones suyas, sabemos que África entera apoyó a Macías. Todo parecía indicar que, con la muerte de Ndongo Miyone, Saturnino Ibongo (efímero representante guineano en la ONU) y de otros cabezas de la conspiración, la reacción española había perdido definitivamente sus posibilidades y que Macías aprovecharía esa magnífica ocasión para hacer del país un Estado realmente independiente.

Dura represión

Pero el presidente se encontró —se encuentra— desbordado por los acontecimientos. Empezó a usar un lenguaje demagógico de izquierdas e inició una cruel represión. No sólo encontró la oportunidad de eliminar a los que, de una u otra forma, estaban en el meollo de la conspiración, sino para deshacerse de los miles de guineanos que, haciendo uso de su libertad, no habían votado por él en las elecciones presidenciales. La represión alcanzó —alcanza— a los familiares de los inculcados. Si tenemos en cuenta que, como en toda África, en Guinea el concepto «familiar» es clánico, no parecerá exagerado cuando decimos que aldeas enteras han sido encarceladas y arrasadas. El hecho simple de pertenecer a la región de los principales «traidores» —Evinayong, Río Benito, Kogo, Niefang, Micomeseng, Ebebiyín y Fernando Poo— significa, en el peor caso, la muerte, y en el mejor, el confinamiento o la deportación. Esa crueldad —ejecuciones públicas, con parodia de juicio y ensañamiento; el matar sin una razón, sólo por simple sospecha o por ser familiar del reo— es la principal razón por la que el pueblo ha abandonado a Macías. A ello hay que añadir el caos económico, la desorientación política y la falta total de programación y planificación. Lejos de pretender y potenciar la unidad nacional, el país se está desintegrando en manos de Macías. En vez de promover el bienestar en todos los campos, el pueblo carece de artículos tan elementales como calzado, sal, una simple aspirina. Regiones enteras —la isla de Annobón— han quedado totalmente despobladas por epidemias. En un país, único en África, donde el analfabetismo se había erradicado, la tasa de escolarización apenas si llega al 20 por 100. Y así podríamos seguir con la situación sanitaria, el comercio, la producción o la formación profesional o la enseñanza superior.

Macías gobierna auténticamente solo, apoyado en una débil camarilla que espera la menor oportunidad para derrocarlo y que apenas si se preocupa de ocultarlo en sus viajes al exterior. Algunos países progresistas como Argelia, Guinea-Conakry o Cuba, que sinceramente le apoyaron a principios de esta década, se dan cuenta de que es una carga mantener a semejante Calígula en su grupo. Países limítrofes, que sufren en su suelo la presencia de decenas de miles de refugiados guineanos, han recomendado en ocasiones al presidente un cambio de actitud. Se puede afirmar que los únicos amigos que le quedaban a Macías eran la Uganda de Idi Amin y la España tecnocrática del general Franco.

En un país de apenas 400.000 habitantes el día de la independencia, se calcula que el 45 por 100 de la población o ha muerto, o está encarcelada, o ha huido del país. Pero Macías dice que Guinea tiene más de un millón de habitantes. ¿Serán ganas de ocultar los muertos con juegos de números? Dice que no hay refugiados: todo aquel que se halla fuera del territorio nacional, según una ley de 1972, pierde automáticamente la nacionalidad. De esa manera, los expatriados, al no ser ciudadanos guineanos, no se pueden considerar refugiados guineanos... Y, en fin, algunas naciones, entre las que destacan Francia, URSS, China y USA, tienen la vista puesta en el golfo de Guinea. ¿Para bien o para mal? Eso se verá. ■

Algunos poblados han quedado casi exterminados después de la represión.

